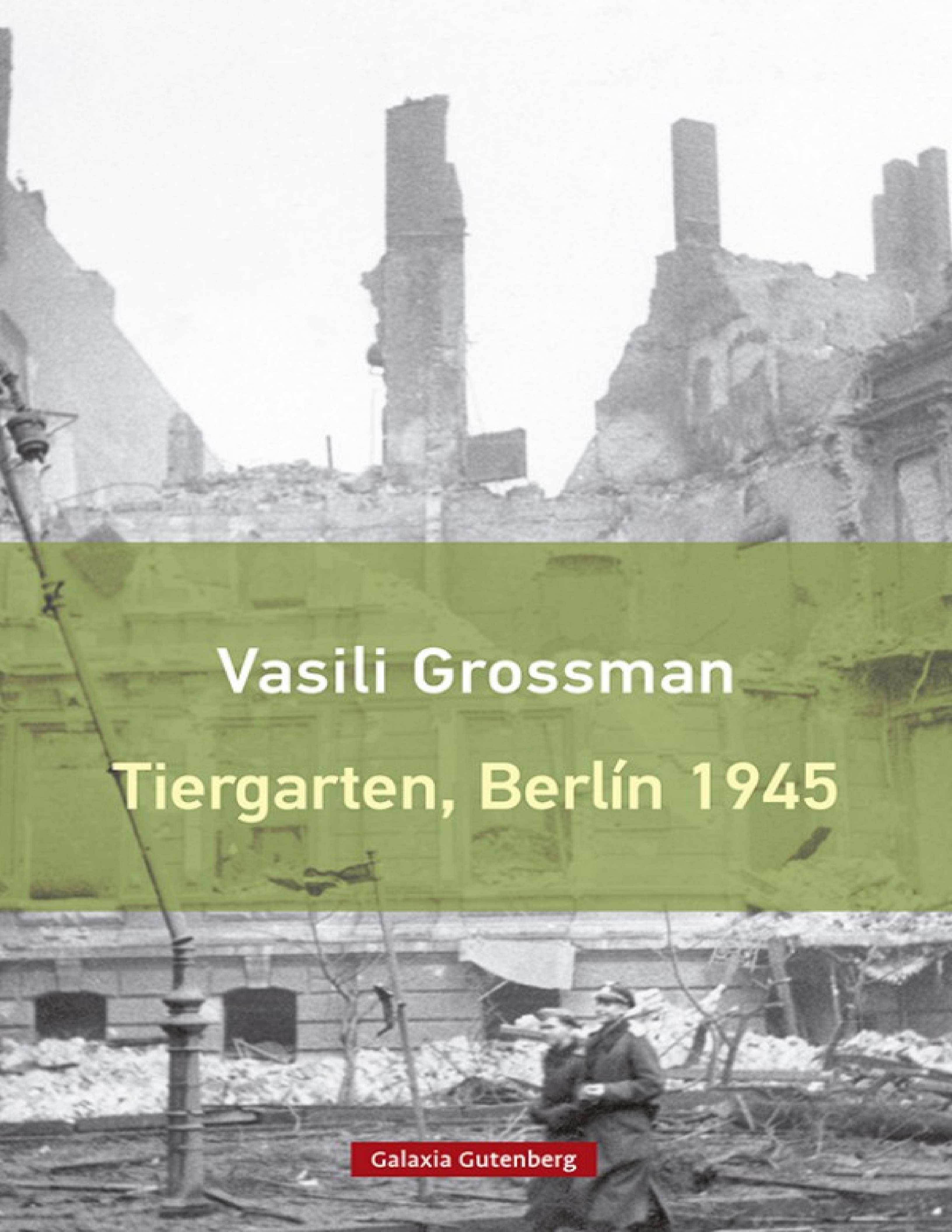

Vasili Grossman
Tiergarten, Berlín 1945
Galaxia Gutenberg

Foto cedida por Andrew Nurnberg Associates

Vasili Grossman

(Berdíchev, 1905 – Moscú, 1964). Escritor y periodista ruso, cubrió con sus crónicas la batalla de Stalingrado y fue el primero en dar noticia al mundo de la existencia de los campos de exterminio nazis. Escritores como Maksim Gorki alabaron en su día la obra literaria de Grossman. Autor de novelas y relatos, *Vida y destino* es su obra cumbre, el *Guerra y paz* de la Segunda Guerra Mundial, cuya publicación sería prohibida por el régimen soviético de Jrushov y le valdría a su autor la condena al ostracismo. Su retrato de la sociedad de la URSS con el trasfondo de la guerra había puesto en evidencia el desmoronamiento moral e ideológico del comunismo y la fortaleza del alma humana ante el terror. Tras ser recuperada milagrosamente una copia del manuscrito, la obra pudo editarse allende las fronteras de la URSS en los años ochenta –de donde salió clandestinamente microfilmada– y se convirtió en un referente literario e intelectual. Grossman no llegaría a verla publicada.

A finales de abril de 1945, mientras las tropas del Ejército Rojo se acercan a Berlín para librar la batalla final contra la Alemania nazi, los animales del Tiergarten, el zoológico de la ciudad, perciben en el aire la tragedia. Hombres y animales comparten un mundo librado al caos y la angustia en el que ni unos ni otros parecen tener ningún derecho.

La referencia al mundo de los animales, en el que incluso los depredadores muestran una inocencia primordial que desconoce la maldad, permite a Grosmann superar el enfrentamiento político para situarse en la perspectiva ética fundamental, la que concierne a la vida de cada ser individual. La figura del animal abandonado y perdido en una guerra que no comprende, refleja nuestra condición, la de seres obligados a obedecer las leyes impersonales de la historia, en un mundo donde ya no es posible ejercer la libertad.

Tiergarten, incluido en el volumen de narraciones de Grossman *Eterno reposo y otras narraciones*, forma parte de las obras de madurez de Vasili Grossman y está escrito justo antes de su obra maestra, *Vida y destino*.

VASILI GROSSMAN

Tiergarten, Berlín 1945

Traducción de
Andréi Kozinets

Galaxia Gutenberg

Traducción del ruso: Andréi Kozinets

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Edición en formato digital: junio de 2018

Imagen de portada: Ruinas en Tiergarten, Berlín, 1943

Conversión a formato digital: Maria Garcia
ISBN: 978-84-17355-67-8

TIERGARTEN[1]

[1]. Parque de Berlín que contiene el zoológico municipal. Situado en el centro de la ciudad, da nombre a todo un barrio y está rodeado de edificios emblemáticos, tales como la Puerta de Brandenburgo o el edificio del Reichstag, donde actualmente se reúne el parlamento alemán.

I

Los habitantes del zoológico de Berlín escucharon con angustia el rumor del cañoneo, apenas audible. No lo confundieron, sin embargo, con el habitual silbido y estruendo que provocaban al caer, durante la noche, las bombas lanzadas desde aviones, ni con el rugido atronador de la pesada artillería antiaérea.

Mientras la batalla se libraba todavía lejos de las vías férreas y las carreteras de circunvalación del Gran Berlín, el fino oído de los osos, de los elefantes, del gorila y del mandril había acertado a captar de inmediato la novedad que, en contraste con el estruendo de los bombardeos nocturnos, presentaban aquellos sonidos apenas perceptibles.

Si entre los animales del zoo había cundido la alarma fue porque advirtieron la llegada de algo nuevo, de una transformación. Desde el otro lado del muro que rodeaba el zoológico, había empezado a oírse el chirrido de los carros de combate, que circulaban cada vez con mayor frecuencia. Ese sonido chirriante no se parecía en nada al susurro familiar de los automóviles ni al campaneo de los tranvías, como tampoco al ruido del tráfico ferroviario de las vías que cruzaban por encima de los edificios vecinos.

Aquellos seres ruidosos que acababan de aparecer casi siempre se desplazaban en manada; dejaban tras de sí un grueso tufo a aceite quemado, distinto del conocido olor que desprendían los seres alimentados con gasolina.

La gama de sonidos fue variando día tras día. El rumor de la gran ciudad, que los inquilinos de las jaulas percibían con la misma

tranquilidad con que habrían percibido, de encontrarse en su hábitat natural, el susurro de las hierbas recias de la estepa, el golpear de la lluvia contra las hojas compactas como el cuero de la selva ecuatorial o el ruido de los bloques de hielo que chocan en la costa del mar del norte, ese rumor, con sus evidentes crecidas y bajadas en razón de la llegada del día y de la noche, se había desfasado, perdiendo toda correlación con el movimiento del sol y de la luna. En las horas nocturnas, cuando en la ciudad habitualmente reina la calma, el aire se llenaba ahora del mundanal ruido: voces humanas, pasos, el runrún de los motores.

Hasta entonces, los silbidos, los truenos y el zumbido monótono que bajaban del cielo habían guardado una estrecha relación con la noche, el relente, las estrellas y la luna. Pero ahora aquellos ruidos celestes, sin perder apenas intensidad, continuaban presentes a la luz del día, al amanecer y durante la puesta del sol. En la atmósfera turbia persistía el olor que agobia e inquieta a todos aquellos seres en cuya sangre anida el miedo ancestral ante los incendios esteparios y forestales, ante el humo ceniciento que se eleva sobre la tundra en agosto. Unas cenizas negras y crujientes descendían lentamente sobre el suelo: en los ministerios estaban quemando los archivos, y los animales del zoo, asustados, respiraban dentro de las jaulas, entre resuellos y estornudos, el olor a chamusquina.

Otro de los cambios que se había producido consistía en que el torrente humano que recorría el zoo de jaula en jaula desde la mañana hasta la noche de pronto había cesado. Quedaban sólo el hierro y el hormigón: un destino majestuoso e inescrutable.

Tres fueron las personas que pasaron delante de las jaulas a lo largo del día: una anciana, un niño y un soldado. Los animales, que al igual que los niños, destacan por su sencillez y capacidad de observación, los distinguieron y retuvieron sus rasgos en la memoria. Los ojos de la anciana rebosaban sufrimiento; vueltos hacia los habitantes de las jaulas, suplicaban compasión. La mirada fija del soldado destilaba el miedo a la muerte; los animales, que ya no tenían que participar en la lucha por la supervivencia pero que

seguían con vida, le provocaban envidia. De los ojos azul pálido del niño, dirigidos hacia los osos y el gorila, se desprendía amor, admiración y el deseo de abandonar su casa en la ciudad para marcharse a vivir al bosque.

La pena, el miedo y el amor con que la anciana, el soldado y el niño contemplaron a los animales no escaparon a la mirada atenta de éstos.

Los animales se percataron, asimismo, de la presencia de otros dos visitantes: un herido en bata de hospital con solapas color naranja que traía la cabeza envuelta en vendas y algodón, con un brazo enyesado y en cabestrillo, y una chica flaca que lucía una cruz roja sobre su toca almidonada. Permanecieron sentados en un banco, los cuerpos inclinados el uno hacia el otro, sin volverse ni una sola vez para mirar las jaulas. Los habitantes del zoológico se quedaron sin poder ver los ojos ni los rostros de aquellas dos personas: un joven campesino magullado por la guerra y una muchacha.

También los celadores del zoo –esos seres que por su aspecto se parecían al resto de los humanos, pero que ostentaban mayor poder– habían experimentado un cambio. Durante años habían compartido con los habitantes de las jaulas la carne que habían conseguido en el curso de la caza de cada noche, invariablemente provechosa.

Estos últimos días, sin embargo, las cacerías habían sido exiguas; en ocasiones, los celadores habían llegado incluso con las manos vacías. Quizá la caza se hubiera dispersado, ahuyentada por el ruido y los incendios. O bien podría ser que los celadores, al pasar hambre, trataran de cambiar el lugar de cacería siguiendo a los herbívoros hacía sus nuevos pastos. Los tigres y los leones, hambrientos, intentaron cazar los gorriones y ratones que merodeaban por las jaulas, pero éstos no les tenían miedo: hacía mucho tiempo que habían caído en la cuenta de que aquellos seres soñolientos e inofensivos se parecían a los gatos callejeros sólo por su aspecto.

Aún había otro motivo para que los animales del zoo se alteraran: el aire embriagador de la mañana, la hierba joven que brotaba a través del asfalto, las ramas de los árboles, oscurecidas, que se habían colmado de vida y cubierto de hojas, y cuya juventud y ternura provocaba incluso en los carnívoros el deseo de convertirse en herbívoros.

Durante los días de abril, llenos de encanto, el mundo resulta nuevo e insólito aun a los viejos cansados de respirar. En esa época del año, todo aquello que habitualmente se desliza sin dejar rastro cobra relieve y se vuelve claro y tangible. Entonces, la tierra apisonada de las plazas, el agua de los sumideros, el asfalto oscuro de la noche, las gotas de lluvia sobre el cristal de las ventanillas de los autobuses urbanos: todo aparece como inusual, con un aire festivo.

Y sucedió que todas esas cosas –el fragor lejano y hondo, las fragancias de la primavera, el olor a quemado de los incendios– infundieron a muchos de los habitantes del zoo la esperanza, alegre y certera, del cambio y de un destino nuevo.

Algunos de esos animales habían sido capturados siendo aún cachorros y no guardaban recuerdo alguno de la libertad; otros habían nacido en cautiverio. Los había que eran cautivos de tercera generación, por lo que parecía que toda sustancia de libertad se hubiera volatilizado de su sangre. Aun así, aquellos seres que habían olvidado lo que era la libertad o, al igual que los abuelos de muchos de ellos, ni siquiera la habían conocido no dejaban de agitarse dentro de las jaulas, presas de la ansiedad y un presentimiento confuso.

II

Ramm, el celador encargado de los primates, sentía un apego especial por un gorila llamado *Fritzi*. Los visitantes, sobre todo las mujeres, lanzaban gritos de miedo al contemplar la cara lampiña de color marrón y los colmillos amarillentos de aquel simio enorme. Los brazos largos y poderosos del gorila y sus hombros, que parecían estar hechos de basalto negro, resultaban aún más gruesos y macizos a la vista a causa del pelo compacto que los cubría.

Una reja, fundida por encargo en la fábrica Krupp,[1] separaba al desdichado gorila de los visitantes. El nerviosismo se apoderaba de éstos en el momento en que el animal agarraba los barrotes metálicos de la jaula. Pero Ramm sabía que había pocos en el mundo que pudieran superar a *Fritzi* en bondad: los dedos del gorila, capaces de retorcer una gruesa barra de hierro, sabían mostrarse extremadamente delicados al estrechar la mano del viejo celador en señal del agradecimiento, no sólo por unas golosinas sino también ¡por una simple sonrisa de saludo! A veces, *Fritzi* extendía de forma graciosa sus azulados labios de caucho pidiendo así a Ramm que se dejara besar.

En el momento en que los labios del gorila tocaban el cuello arrugado del celador, éste sonreía turbado. ¿Quién querría besar a un viejo abandonado a su suerte? Ramm se daba cuenta de que la gente miraba con indiferencia, y a veces con desdén, su rostro de viejo, su ropa remendada; en la tienda donde hacía cola para comprar comida nadie le daba conversación ni comentaba con él las noticias del frente oriental que venían en el boletín del día, y

tampoco nadie se mostraba dispuesto a cederle el asiento en el autobús. Por esa razón el anciano se sentía algo incómodo al notar el cariño y la admiración del gorila.

Tres hijos del celador habían muerto en la guerra; al cuarto, secretario del sindicato de los dependientes de mercería, se lo había llevado la policía, que velaba por la vida del pueblo alemán. Tres años después de su desaparición, llegó, procedente de Dachau, una caja de plástico negro con un puñado de cenizas gris pálido dentro, junto con un papel que notificaba la muerte a causa de una pulmonía del preso Teodoro Ramm, de veintinueve años de edad. Unos copos grisáceos, pequeñas escamas oscuras y algunas partículas coaguladas de escoria era todo lo que había quedado de aquel joven de ojos marrones, risueño y simpático, miembro del coro sindical, amante de corbatas chillonas y americanas de colores claros. La policía no sólo se mostraba despiadada con los rebeldes que se habían declarado en lucha contra Hitler. La policía secreta del Estado consideraba que ningún ciudadano podía presumir de ser inocente.

Numerosas familias recibían urnas de plástico negro con cenizas húmedas dentro procedentes de Dachau y Mauthausen: era el modo en que regresaban por fin a casa aquéllos a los que, una noche, se había llevado la policía, que velaba por la ausencia de derechos de la ciudadanía y la seguridad nacional. Ramm comprendía que la superficie muda y opaca del Estado hitleriano ocultaba la falta total de bienestar y felicidad. Eran muchos los que ansiaban la libertad, pero ¿cómo podía dar con ellos? Y es que, ante el miedo a ser denunciada ante la policía, la gente permanecía en silencio.

En otra época, Ramm había simpatizado con los socialdemócratas, pero tras escuchar un discurso de Bebel,[2] reinaba una confusión total en su mente senil, que osaba abordar las verdaderas cuestiones. Él, que jamás había considerado la posibilidad de reflexionar por su cuenta sobre la vida en Alemania, empezó a hacerlo empujado por el nazismo. Cada uno escapaba a la uniformización a su manera. Aunque de un modo acientífico y

nada riguroso, ciertos alemanes de avanzada edad que ejercían de guardias nocturnos, basureros, cajeros o contables trataban de formular para sí mismos aquello que, de una manera casi igual de diletante, habían intentado expresar en su momento algunos ciudadanos particulares de las grandes potencias de la época: egipcios, judíos, griegos o romanos.

Al parecer de Ramm, los animales eran los seres más oprimidos de la Tierra. Y él estaba del lado de los oprimidos, no en vano había simpatizado con la socialdemocracia. A los reclusos del zoo nadie les escribía, ni tenían a quién contar sus penas. Su vida personal o su felicidad no importaban a nadie. Y por supuesto, desde que el zoo existía, ninguno de ellos había regresado a su tierra natal, como tampoco sus cenizas se enviaban a los bosques o la estepa de donde procedían. Su falta de derechos no tenía límites.

Por las noches, en su cuarto solitario de la casa de servicio del zoológico, Ramm se quedaba escuchando el zumbido provocado por la aviación inglesa y norteamericana, el estrépito de los cañones y las bombas. Y en las noches silenciosas, estaba atento al rugido de los automóviles en la calle.

El pánico se apoderaba de él cada vez que aquel suave ronroneo cesaba de pronto cerca de la casa de servicio. Un poderío formidable emanaba de esa nueva raza de hombres que no conocían la vacilación, de las ideas elementales del nacionalsocialismo, del Estado irracional construido por Hitler.

Cuando un coche se detenía por la noche delante de cualquier casa berlinesa, los corazones de todos sus habitantes se helaban, no sólo los de los judíos, si es que por algún descuido aún seguían latiendo. Tal vez hubiese momentos en que el horror nocturno ante la omnisciente, omnipresente y omnipotente policía secreta del Estado atenazara el pecho del mismo Führer.

Y he aquí que el viejo Ramm, padre de cuatro hijos, dos de los cuales habían caído en el frente ruso, otro había muerto en África mientras servía en el cuerpo expedicionario de Rommel[3] y el cuarto había perecido en un campo de exterminio y cuyas cenizas habían

sido enviadas a casa dentro de una urna; ese Ramm que había perdido a su anciana mujer a causa de la pena, empezó a pensar con su mente esclerótica, que jamás había destacado por su lucidez, en un país en que pensar no estaba permitido.

¡Y es que el pensamiento es libertad! El Estado hitleriano estaba fundado sobre unos principios muy diferentes. Ramm había entendido que el nacionalsocialismo partía de unos presupuestos desconcertantes. El partido de Hitler se había encargado de privar a la población de todo aquello que había proclamado como un ideal nacional o como una conquista lograda en la lucha. Hitler había anunciado que emprendería una batalla por la libertad de Alemania, y el pueblo germano acabó por ser esclavizado. La grandeza de la Alemania nacionalsocialista guardaba una estrecha relación con la penosa dependencia y la falta de derechos de los alemanes, dentro del imperio que se había proclamado soberano. El desarrollo y enriquecimiento de la agricultura alemana conllevaba el empobrecimiento del campesinado germano. El crecimiento industrial provocaba la bajada de los salarios de los obreros. En el curso de la lucha por la dignidad nacional germana, las personas, aun los ciudadanos alemanes, sufrían terribles vejaciones. Por mandato de Hitler, se embellecían las ciudades con parques y parterres, pero la vida urbana se volvía cada vez más deslucida y sombría. Por la paz de la humanidad, se declaraba una guerra total, y la humanidad no tenía elección.

Así las cosas, resultaba que no eran las personas sino el Estado el único ser vivo y libre. La gente era una especie de roca que se podía y debía volar, desmenuzar, tallar o pulir, y los escombros humanos, como si fueran ganga o ripio, debían llevarse al vertedero o rellenar con ellos fosas y zanjas.

El proceso de selección era diabólico: los valientes, los amantes de la libertad, los de mente clara y buen corazón se desechaban para el vertedero. El granito había sido eclipsado por la piedra caliza y la arenisca.

El Estado hitleriano había ido engordando de buena gana y con facilidad, mientras los niños padecían desnutrición; las mentes y las almas se contaban entre sus golosinas preferidas. Cuanto mayor era la merma que sufría el espíritu, la libertad y el intelecto de las personas, tanto más pletórico, estridente y alborozado se volvía el Estado. Pero ni siquiera era ese Estado enemigo de las personas el que horrorizaba especialmente a Ramm. Lo más descorazonador era que, entre aquéllos a los que el Estado había privado de libertad y convertido en piedra muerta, hubiese muchos que le sirvieran, que dieran la vida por él, que admiraran el genio del Führer. Al mismo tiempo, Ramm albergaba en su fuero interno la fe inconsciente en que una persona esclavizada lo era por las contingencias del destino y no por su propia naturaleza. Él lo sentía: se podía reprimir el ansia de la libertad, pero era imposible destruirla por completo. No eran pocas las personas aprisionadas en campos de concentración y cárceles que seguían siendo fieles al ideal de la libertad.

Por las noches se oían, procedentes del zoológico, los rugidos de los leones, parecidos al sonido de un órgano, las voces bronquíticas de los tigres, el ladrido de los chacales. Ramm podía saber por aquellos sonidos que el viejo león *Fénix* estaba alterado a causa de la luna nueva y que la tigresa *Lizzi*, que hacía poco había tenido dos cachorros, estaba intentando separar los barrotes de la jaula para que las crías pudieran salir a corretear a la luz verdosa de la luna nueva. ¡Cuán simpáticos e inofensivos resultaban aquellos rugidos, ronquidos, ronroneos, toses y ladridos en comparación con los sonidos del Berlín nocturno!

En una ocasión, Ramm recibió la visita de Rudolf, hijo de un amigo suyo que había muerto. Rudolf, antiguo miembro de las unidades de las SS encargadas de la seguridad de un campo, fue desmovilizado a causa de una tuberculosis en estado terminal que le habían diagnosticado. Se quedó con Ramm varias horas y, fuera porque hubiera bebido demasiado o porque presintiera que iba a morir pronto, aparte de asociar en su memoria al viejo con todo lo bueno que recordaba de sus padres y de su infancia, le reveló cosas

que no se cuentan ni en el confesionario. Sacudido por ataques de tos, enseñando sus dientes ennegrecidos y sus fundas de oro, escupiendo dentro de un frasco de cristal anaranjado, maldiciendo, enjugándose el sudor y sollozando, habló en susurros, con voz ronca, sobre las cámaras de gas y los hornos crematorios de Auschwitz, y sobre cómo mataban con gas a multitudes de niños y mujeres, cómo quemaban sus cuerpos y utilizaban las cenizas a modo de fertilizante.

Mientras escuchaba, Ramm miraba al antiguo SS de aspecto demacrado, vestido con un uniforme sin hombreras, y tenía la sensación de que aquel joven enfermo al que había sostenido en brazos y llevado a hombros cuando era pequeño desprendía olor a cadáver y carne chamuscada. Lo peor era que, por lo demás, Rudolf no era ningún monstruo, sino una persona. De niño había sido bueno y simpático. Por lo visto, la vida convertía a las personas en seres horribles, pero éstas también eran capaces de hacer horrorosa su propia vida.

Por la noche, el viejo se levantó de la cama, se vistió y se dirigió, acompañado del sonido de la alarma aérea, hacia el área de animales depredadores. Allí se quedó casi hasta el amanecer. Estuvo escrutando los ojos enfermos y lacrimosos del anciano león *Fénix* y los de la tigresa *Lizzi*, con las pupilas dilatadas como toda madre lactante; los ojos marrón rojizo, con aparente expresión de locura, de la vieja hiena *Bernard*, cuyo pelo había empezado a encanecer. No entrevió ninguna maldad en aquellos ojos. Al amanecer, mientras regresaba a su cuarto en la casa de servicio, pasó por la zona de los primates. *Fritzi* dormía de costado, la cabeza apoyada en un puño, y no notó la presencia de Ramm.

El gorila tenía la boca entreabierta y sus enormes colmillos habían quedado al descubierto, por lo que su aspecto podía resultar aterrador.

Sin duda, al notar finalmente el olor familiar de Ramm, el animal dormido reprodujera en sueños, o quizá en lo hondo de su subconsciente, la imagen del viejo celador tan querido por él.

Chasqueó los labios suavemente y su cara adoptó la expresión encantadora que sólo tienen los niños pequeños cuando, aún no despiertos del todo, sienten el calor, el olor y la sonrisa de la madre que se inclina sobre ellos.

¡Cuánta sencillez había en aquellos animales! ¡Cómo querían a sus celadores! A pesar de que éstos les robaban, el león *Fénix* se alegraba al oír el crujido de las botas de su cuidadora, aunque habían sido compradas a costa de él. ¡Y si sólo fueran las botas! Los pantaloncitos para los nietos, los delantales para las nietas, las madejas de lana: todo ello se compraba a expensas de los desdichados animales. Los celadores se justificaban argumentando que el sueldo que les pagaban apenas alcanzaba para alimentarse, por no hablar de comprar ropa. ¿Qué podían hacer? También Ramm estaba en deuda con los animales. También él acudía de vez en cuando al mercadillo que se improvisaba junto al muro norte del zoológico y al que acudían dueños de mascotas para comprar a los celadores comida para sus ardillas, conejos, pájaros y peces del trópico.

A Ramm le gustaba beber...

El inocente de *Fritzi* desconocía, por supuesto, los trapicheos del viejo y se ponía contento cuando éste compartía con él azúcar, naranjas, zanahorias, sopa de arroz, leche o pan blanco. La certeza de que no era trigo limpio provocaba a Ramm remordimientos de conciencia, lo cual contribuía a aumentar su amor por los animales. Si bien era cierto que éstos no podían presumir de poseer equipos ópticos de la marca Zeiss o de haber progresado en la producción de gasolina sintética, no eran ellos tampoco los que habían inventado el nacionalsocialismo.

Viéndose en la necesidad de comprender la vida de forma autónoma, sin la ayuda del Führer –una necesidad instintiva e irreprimible para quien había perdido a sus cuatro hijos y su mujer–, Ramm fue esbozando en su mente una especie de darwinismo absurdo, un darwinismo al revés. Creía que la evolución a la manera hitleriana se desarrollaba por la vía regresiva: en vez de elevarse

por la escala evolutiva, los seres vivos la recorrían de arriba abajo hasta dar en el abismo. Así, los rastreros, los canallas, los mediocres y las personas sin escrúpulos prosperaban, al tiempo que los que amaban la libertad, los insumisos, los buenos y los inteligentes perecían. En las condiciones del fascismo, esa involución al revés había producido una nueva raza humana, vil y miserable.

---

1. Reconocida dinastía de industriales alemanes, originarios de Essen y con 400 años de historia, que se ha dedicado a la producción de acero. Durante la Primera y la Segunda Guerra Mundial de sus fábricas salía munición y armamento para el ejército alemán.

2. Ferdinand August Bebel (1840-1913). Destacado dirigente y fundador del Partido Socialdemócrata de Alemania (SPD) en 1869.

3. Erwin Rommel (1891-1944). Mariscal que durante la Segunda Guerra Mundial dirigió el cuerpo expedicionario del ejército alemán en el norte de África, enviado a la zona para ayudar a los italianos a resistir los ataques de los británicos. A raíz de estas campañas fue llamado «el zorro del desierto».

III

Muchos de los celadores del zoo eran gente extravagante. Pero aun entre ellos, Ramm se había granjeado la fama de raro; algunos de los celadores le conferían el grado más alto de la extravagancia: lo tenían por un loco.

Un sábado por la mañana, el vicedirector del zoológico encargó a Ramm que, una vez provisto de la documentación necesaria, negociara con los mataderos municipales la posibilidad de que, aparte de carne convencional, éstos suministraran también huesos y despojos para alimentar a los animales. En el zoológico, según le hizo saber el vicedirector, estaban dispuestos a recibir cualquier clase de carne, aun la carroña. Debido a que los ejércitos alemanes no dejaban de batirse en retirada, el suministro de carne sufría frecuentes cortes. En circunstancias en que incluso la población civil se abastecía tan sólo con cecina pasada, ¡a quién le iba a importar la alimentación de los animales!

Por suerte, los primates y los herbívoros estaban relativamente bien provistos de comida: en la despensa del zoo había algunas reservas. En cuanto a la carne, habría sido imposible almacenar por mucho tiempo grandes cantidades, aun disponiendo de un frigorífico.

Un día templado de abril, Ramm partió en camión hacia el matadero. En las calles se llevaba a cabo la limpieza matutina de la capital: diversas máquinas restregaban y barrían el asfalto regado con chorros flexibles de agua brillante y alegre. Cepillos redondos susurraban al pasar sus cerdas duras por el suelo, levantando

arcoíris entre las salpicaduras. Aquella mañana de primavera, la enorme ciudad, semidestruida y deprimida a causa de la guerra, parecía alegre y despreocupada.

Ramm llegó junto a las oficinas del matadero justo a tiempo de ver cómo, tras ser descargadas del tren, se conducía a las reses por las calles asfaltadas hacia las puertas abiertas de par en par del matadero. Lo habitual era que lo hicieran al amanecer o a la hora del crepúsculo, pero esa vez, según le explicó Bunge, el conductor del camión, la descarga del ganado se había retrasado porque las vías de acceso del ferrocarril oeste habían sido bombardeadas.

El ganado, que se movía despacio, cerró el paso al camión. Ramm, pegado al cristal turbio y polvoriento del parabrisas, se quedó mirando los bovinos, las ovejas y los cerdos dirigirse hacia su destino final. Los toros y las vacas caminaban agachando y moviendo de un lado a otro sus pesadas cabezas de frente ancha, mientras se relamían los labios, secos a causa del nerviosismo. Aparentaban indiferencia y resignación aunque, en su interior, estaban agitados. Sus maravillosos ojos velados miraban el agua que brillaba alegremente en los charcos dejados por la breve lluvia; sus fosas nasales captaban el aroma de las lilas en flor y el frescor del aire de la mañana, que les resultaba especialmente agradable tras un largo encierro en vagones oscuros con la atmósfera viciada.

Cuán extraño les debía de parecer todo lo que veían a su alrededor: el asfalto bajo las pezuñas, las vallas grises de hormigón, las ventanas resplandecientes del edificio de la fábrica de carne, en cuyo interior los cuerpos todavía tibios y temblorosos de los animales sacrificados se deslizaban con lentitud por una cinta transportadora. Un olor a sangre apenas perceptible emanaba de aquel edificio que cumplía con todas las normas de higiene... Incluso los novillos y las terneras, habitualmente despreocupados, sentían desasosiego.

Las personas con batas blancas y azules que examinaban el ganado que acababa de llegar no golpeaban a los animales con palos ni les gritaban o les pateaban con botas herradas. Lo que

hacían era determinar la calidad, el grosor medio y el contenido de grasa de aquella carne que se movía, viva aún. Aunque esta carne todavía era capaz de mugir, bramar, convulsionarse y resollar, las reses que entraban por las puertas del matadero no representaban para las personas con batas blancas y azules un fenómeno de vida sino simple sustancia orgánica compuesta de proteínas, grasas, epidermis, materia córnea y huesos.

La violenta acción del arriero, que propinó un latigazo en los ojos a una vieja vaca jadeante que se había rezagado al quedarse pensativa, constituía de hecho un reconocimiento del derecho de aquellas bestias cuadrúpedas de contarse entre los seres vivos. La saña de los arrieros para con las bestias se debía precisamente a que éstas, condenadas al sacrificio, daban señales de vida hasta el último momento: se resistían, se espantaban al toparse con objetos oscuros, se detenían para mear o mostraban repentinas ganas de tocar con la lengua seca la superficie mojada del asfalto.

Un novillo meneó la cabeza, dio unos saltos traviesos, alborozado a causa de la esplendidez de la mañana, y de pronto se paró en seco, presa de un mal presentimiento. Se quedó clavado en el sitio y agachó la cabecita hirsuta de frente ancha y cuernos pequeños, que parecían apuntar contra el destino que se cernía sobre él; luego soltó un mugido quejoso pidiendo amor y consuelo... Una vaca vieja de pelo rojo, que movía con dificultad las piernas, le miró con los ojos lacrimosos, se detuvo a su lado, apoyó el morro sobre su cuello estirado y cálido, y lamió su cabecita. Al entretenerse las dos bestias, el avance del rebaño quedó interrumpido durante unos segundos; el arriero, llevado por una fría ira, propinó un garrotazo en los morros aterciopelados color de rosa del novillo y luego otro en los tendones de las sucias patas traseras de la vieja vaca.

Mientras tanto, por la calle contigua caminaban hacia el matadero unas ovejas de morro fino y demacrado, cuya pelambre había adquirido un tono gris oscuro a causa del polvo. Sus movimientos, discontinuos y apresurados, se parecían a los de las

mujeres mayores que, desde la penumbra tranquilizadora de sus casuchas, habían ido a parar de pronto al corazón mismo de la batalla por la supervivencia. Todos sus penosos esfuerzos durante los últimos minutos que les quedaban de vida se limitaban a conseguir apiñarse de una forma lo más compacta posible. Su inocuidad en el umbral de la muerte no conocía límites: habrían sido incapaces de hacer daño siquiera a una liebre, un ratón o un pollo. Sus ojos, de expresión mansa, llenos de una tristeza bíblica y candor evangélico, miraban a los hombres sin reproche alguno y aun sin miedo; sus pezuñas simpáticas y menudas tocaban su último redoble repiqueteando contra el asfalto. Agrupadas en una piña densa y viva de piel sucia, sentían que no había esperanza, piedad o salvación posible para ellas. En aquella hora aciaga, su único consuelo era sentir, a través del pelo endurecido por el polvo, el calor corporal de sus congéneres, los únicos que no se mostraban hostiles en este magnífico y majestuoso universo. Hundían la cabeza en la penumbra formada por la tupida piel de oveja, y sus ojos dejaban de contemplar momentáneamente la primavera, el sol y el azul del cielo, mientras sus corazones conseguían aliviarse durante unos segundos arropados por aquella oscuridad, llena de un olor y un calor familiares, en la amarga hermandad de los condenados.

Por una tercera calle caminaban los cerdos, unos sucios y otros de piel limpia y rosácea. Sus ojos pequeños e inteligentes destilaban miedo. Incapaces de soportar aquella tensión, no dejaban de atronar el aire con sus chillidos.

Por la calle por la que acababan de desfilar hacia el matadero los bovinos, dos mujeres de anchos hombros, enfundadas en sendos abrigos de cuero amarillo, arreaban unos caballos viejos y consumidos por el trabajo, que se movían lentamente. Su carne era la que serviría de alimento a los habitantes del zoológico. Los equinos andaban despacio, cojeando y arrastrando las patas deformadas, mientras sacudían a cada paso sus ralas crines y sus colas de anciano. Sus miradas rebosaban tristeza; daba la

sensación de que, con mirar una sola vez los ojos de aquellos viejos trabajadores, uno nunca volvería a recuperar la calma.

El joven Bunge, el conductor, licenciado tras ser herido en tres ocasiones, dio un empujoncito con el dedo a Ramm en un costado y le espetó:

–¿Qué pasa, abuelo? Está mirando los puercos y se le cae la baba, ¿verdad? Pensará en lo ricas que estarían las salchichas o una sopa de guisantes con costillas. ¿Ve cómo chillan y se empujan? Tienen prisa por convertirse en jamoncito. Pero como el jamoncito no será para nosotros, no se relama.

Mientras hablaba, Bunge se mostraba excitado y alegre, a pesar de que se notaba que su regocijo era algo forzado y que el aspecto de aquellos animales le resultaba, aunque sólo fuera un poco, una pizca, desagradable.

El celador de los primates, mientras tanto, callaba. Bunge explicó, pensativo:

–Nunca me ha gustado el cordero. La carne más selecta, si es de cordero, me deja indiferente. Cuando serví en el grupo de ejércitos del Cáucaso, allí era lo único que se comía. Los camaradas incluso se reían de mí, pues al final me quedé hecho un palillo.

Miró a Ramm para comprobar si no se había dormido, pues seguía en silencio. Pero no, el celador estaba despierto, mirando reconcentrado por la ventanilla sin decir nada. ¡Quién sabe de qué estaría acordándose, el viejo!

IV

Los sábados por la noche Ramm solía ir a la cervecería.

Es muy común que los dueños y las camareras de ese tipo de establecimientos tengan para cada uno de los clientes habituales un calificativo que les describe de forma sucinta y superficial, como, por ejemplo «el que sólo toma cerveza de marzo», «el que cambia de corbata todos los días», «el que nunca deja propina» o «el que lee *Das Reich*».

Asimismo, es muy frecuente que esos apodos, no muy acertados por demás, caractericen a sus portadores a la inversa, es decir: si el cliente es un gordo, le llaman «el flaco», y si es tacaño o austero le bautizan como «el juerguista». Ramm fue apodado «el charlatán».

Esa noche, sin embargo, el celador de los primates, que por lo general se contentaba con levantar el dedo para pedir su copa y golpeaba con el canto de una moneda en la mesa para hacer saber que quería pagar la cuenta, justificó su mote para sorpresa de todos.

La primera en advertirlo fue la gorda y lista frau Anni, jefa de camareras, que desplegaba en aquel reino de la cerveza una omnisciencia como la del dios Sebaot. Cuando el celador de los primates pidió su cerveza, Anni comprendió, por el ademán afectado y poco natural con que lo hizo, que estaba alterado.

Al torcer los ojos rasgados, del color verde y amarillo de la cerveza, Anni se percató de que el viejo, con movimiento torpe y apresurado, añadía a la jarra aguardiente de una botella que había traído con él. Era algo que las reglas del establecimiento prohibían hacer, aunque Anni, claro está, no le llamó la atención. Más tarde,

sin embargo, al pasar delante de su mesa, soltó un sonoro suspiro; en contra de la costumbre general, el vejestorio encargado de los primates había mezclado en la cerveza ya no medio vaso o un vaso entero de aguardiente, sino más: el líquido en su jarra se había vuelto casi tan transparente como el agua.

Aunque Anni no había estudiado la teoría del análisis calorimétrico, podía entender algunos de sus rudimentos prácticos...

Corrían tiempos difíciles. La tranquilidad de la vida cotidiana era engañosa, a semejanza del agua mansa que se desliza de modo ineluctable hacia un despeñadero. En esas circunstancias, a Anni no podía sorprenderla el hecho de que los hábitos de los clientes cambiaran: aquel hombre pulcro y engreído que presumía de sus corbatas podía presentarse de pronto en la cervecería con el cuello de la camisa sucio y desabrochado, mientras que aquel otro que durante años había tomado sólo cerveza de marzo pedía de repente una botella de *Schnapps*. Y pasaban cosas aún más extrañas.

En resumen, el viejo Ramm se había emborrachado. Estaba acabando su jarra de «dinamita» cuando un sujeto con traje deportivo, que acababa de llegar, le pidió permiso para sentarse en su mesa.

Durante una de sus idas y venidas a través de la sala, Anni pasó junto a la mesa de aquellos dos y oyó cómo el sujeto con traje deportivo comentaba algo sobre una buena o mala caza, no estaba segura...

Al día siguiente, Anni se entrevistó con Lacht, funcionario de la dirección de seguridad del distrito, encargado de recabar información en cervecerías, cafés y restaurantes. Era un hombre mayor, algo entrado en carnes, rubicundo aunque de aspecto enfermizo, con la frente alta de pensador, bonitos ojos de color gris y mirada atenta y reflexiva. Recibía a sus agentes en un pequeño despacho de la comisaría del distrito, en la sección donde no se exigía un permiso especial de acceso.

Al subir los escalones de piedra gastada, Anni se topó en la semioscuridad del pasillo con el jefe de camareros del restaurante

Astoria, que acababa de salir del despacho de Lacht. Se guiñaron el ojo el uno al otro. Se conocían desde hacía muchos años: habían empezado su carrera cuando eran jóvenes, trabajando juntos en un café de las afueras. Todavía en el pasillo, Anni se empolvó la nariz y se retocó el carmín de los labios, ya de por sí rojos, para entrar en el despacho de su patrón con una sensación en la que se mezclaban el enamoramiento y un ligero nerviosismo. Esa sensación de nerviosismo, que solía acompañarla en sus visitas a Lacht, se esfumaba nada más comenzar la entrevista, gracias a que su interlocutor era de lo más simpático y encantador. Pero al abandonar su despacho, Anni volvía a sentir durante dos o tres minutos el mismo desasosiego agobiante. A veces, ese sentimiento de inquietud retornaba a ella durante las noches en que no podía conciliar el sueño por culpa de la fatiga y del zumbido de la cabeza a causa del rumor constante que reinaba en la cervecería.

Esa vez, la anécdota que Anni contó a Lacht tenía por protagonista al viejo celador del zoológico. A la jefa de camareras le resultaba fácil conversar con aquel funcionario: a diferencia de los hombres a los que Anni tenía que atender en su trabajo y que le irritaban porque, nada más verla, le pedían que les sirviera una cerveza, Lacht no bebía.

En compañía de Lacht, Anni se sentía sorprendentemente animada, como si estuviese cotilleando con alguna amiga íntima que conociera en detalle toda su vida.

–De modo que se enzarzaron en una discusión –resumió Lacht alargando las palabras, con esa expresión de curiosidad contenida aunque visible que excita el entusiasmo del narrador.

–Pues, claro. ¡Menudo espectáculo!

Anni sabía representar las anécdotas que sucedían en la cervecería, imitando las voces y reproduciendo los gestos cómicos de sus protagonistas. En esa ocasión, extendió con ademán altivo la mano, echó la cabeza hacia atrás y clavó la mirada en el techo:

–¿Como un sermón de Martín Lutero? –aventuró Lacht.

Anni, que intentaba ponerse en el papel, no respondió mientras apretaba, con una mueca de desprecio, los labios; sus mejillas caídas se hincharon y empezaron a moverse:

–¡Cómo se atreve a hablar así de los animales depredadores! ¡Los verdaderos depredadores son ustedes y no ellos! –bramó de pronto Anni con voz ronca, provocando enseguida un ataque de risa a Lacht.

El don de esa mujer consistía en reproducir con toda fidelidad ante los ojos de su interlocutor las maneras de la persona a la que aquél jamás había visto, haciéndole creer en la autenticidad de cada gesto, palabra o tono de voz empleados en la representación. Era un misterio el hecho de que Anni pudiera imitar con tanta precisión la espalda flaca y curvada del viejo Ramm, sus dedos temblorosos castigados por la esclerosis y la mandíbula que le temblaba a causa de la excitación. Parecía que faltara muy poco para que en aquel momento brotara una barba gris sobre el rostro de la jefa de camareras. Aunque eso no era lo más impresionante de su actuación: el mayor logro de Anni estribaba en hacer posible que el espectador leyera como en un libro abierto el alma de la persona a la que ella imitaba.

–¿Acaso un tigre o un león siguen matando una vez han saciado su hambre? Los animales necesitan alimentarse, nadie puede reprochárselo. Tú, en cambio, disfrutas yendo a cazar un domingo. Te importan un comino los huesos destrozados, las patas y las cabezas cubiertas de sangre que dejas tras de ti. ¡Una liebre herida chilla como un bebé cuando vas a levantarla, y tú te quedas tan pancho, eructando de puro lleno, mientras la miras retorcerse del dolor, para cogerla luego y destrozarle la cabeza contra una piedra! –bramó Anni con la voz temblorosa del anciano.

Mientras la escuchaba con los ojos entornados, Lacht veía a aquel viejo miserable y borracho, con manos trémulas, el rostro contraído y mirada de loco. Incluso creyó distinguir, en un segundo plano, las muecas de borracho de la clientela atenta a la discusión, las risas y las voces que pedían enfadadas: «¡Silencio! ¡Déjenle

hablar!». ¡Indiscutiblemente, aquella camarera poseía un verdadero don!

–¿Cómo? ¿Que la caza es una actividad honrada? ¿Imitar las voces y los olores del amor y envenenar con estricnina a los que pasan hambre es honrado? ¿Qué dice? Perdón, estoy algo sordo, repítamelo más alto si es tan amable... –Mientras lo decía, Anni colocaba la mano en forma de pabellón sobre el oído y, con la boca entreabierta y expresión idiota, fingía escuchar. Un instante después, a la manera de un profeta de la Antigüedad, volvía a la carga–: ¡Con que esas tenemos! ¿Usted cree que los animales también cazan por placer? ¡Fueron ustedes los que convirtieron los perros de caza en traidores y asesinos! Y no fue por una cuestión de supervivencia, sino para divertirse y comer bien. ¿Cómo? ¿Y qué me dice de sacrificar los perros y los gatos envejecidos? A ellos, que les entregaron todo su amor y dignidad, se los llevan agonizantes a centros de investigación donde, antes de sacrificarlos, los torturan. ¿Ha visto los ojos de esos desdichados cuando miran a su dueño mientras se los lleva a rastras, como si le suplicaran: «¡Socorro! ¡Ayúdame!»? ¡Serán ustedes unos eternos infelices! –remató Anni, agotada.

Luego se aclaró la garganta, se sonó la nariz y sacó del bolso un espejo de mano y la polvera: la representación había terminado. Pero, por lo visto, los efectos de su arte eran duraderos, pues Lacht tardó algún tiempo en retomar el hilo de la entrevista en clave profesional. Estaba impresionado; movía la cabeza, gesticulaba asombrado y, entre risas, dejaba escapar algún que otro suspiro. Y es que el sermón ridículo del viejo borracho y medio loco tenía en la interpretación de Anni un punto inquietante y conmovedor.

–Un *sketch* magnífico, completo e impecable. Podría usted actuar en un teatro de variedades.

Lacht era una persona culta y refinada. Tenía contactos en clubes y restaurantes frecuentados por intelectuales dados a filosofar bajo los efectos del alcohol. Ciertamente, la cervecería en que trabaja Anni le interesaba sólo porque se encontraba en el

barrio de Tiergarten, cerca de las oficinas de la cancillería del Reich. Abrió un cajón del escritorio, sacó una tableta de chocolate y se la ofreció a Anni. Como todo abstemio, Lacht era goloso.

Pero el trabajo era el trabajo. Por lo visto el sermón del viejo loco contenía insinuaciones de carácter político. Tal vez a causa del exceso de alcohol, el cliente, entre otras cosas, había gritado: «¡Es hora de tener piedad, no sólo de los animales encerrados en las jaulas! ¡Yo también quiero ser libre! Y no soy el único. Tal vez tú también quieres lo mismo. ¡Pero vete a decírselo al Führer! ¡Los mataderos de animales ya no horrorizan a nadie, pues existen cosas aún peores para las personas!».

Como solía suceder en esos casos, cuando un borracho soltaba en público alguna diatriba contra el Estado, ninguno de los presentes le expresaba de forma explícita su apoyo, pero tampoco le rebatían, pues el exceso de celo, al parecer, también podía traer problemas; de modo que todos habían aparentado no haber oído nada y, tras pestañear asombrados, habían vuelto con expresión inocente a sus mesas.

Anni y Lacht se quedaron mucho tiempo intentando precisar los rasgos físicos del viejo borracho. Ella no sabía nada de su vida; las personas que habían compartido mesa con él tampoco le conocían.

En un arranque de entusiasmo, Lacht se puso en pie:

–¡Ah, frau Anni! El mayor enemigo del nacionalsocialismo, y cuyo poderío se iguala al de los tanques y cañones que avanzan sobre nosotros desde el este y el oeste ¡es ese deseo vil e irracional de libertad que experimentan los seres humanos! ¡La libertad es la ramera favorita del diablo! Tenemos ante nosotros una noble tarea: ¡salvaguardar, con la fuerza de nuestro puño y nuestras ideas, del veneno de la libertad al hombre sabio y omnipotente! ¡En la renuncia al culto a la libertad radica el triunfo del hombre nuevo sobre la bestia!

Lacht volvió a sentarse, resoplando y haciendo mofa de su propia vehemencia.

–Está claro que el viejo se ha vuelto loco –resumió–, aunque, en realidad, todo lo que pregona ese anciano embrutecido no es sino propaganda de ideas subversivas mal disimulada. A fuerza de su larga convivencia con los animales, ese abuelo del zoológico se ha convertido en uno de ellos. Es un enemigo del pueblo alemán, enemigo jurado y peligrosísimo. Y el hecho de que el Führer en persona patrocine la sociedad imperial de protección de los animales no cambia nada. Anni, por favor, no me ofenda, coma algo de chocolate y guarde el resto para su nieta.

Se mostraba atento y diligente, como si los ejércitos germanos no se batieran ya a orillas del Óder y el asunto del loco celador del zoológico fuera el de mayor urgencia en un Berlín amenazado por la guerra. Bajo los auspicios del «nuevo orden» habían surgido hombres nuevos, alemanes de raza superior.

Como le había sucedido siempre hasta entonces, Anni se llevó de la entrevista con Lacht una impresión de calidez. No era de extrañar, pues estaba enamorada de él, aunque en secreto, por supuesto. Y, como en todas las demás ocasiones, una breve sensación de angustia se apoderó de ella al pisar la calle: ¿desaparecería el viejo loco del zoológico sin dejar rastro, como algunas de las personas sobre las que Anni había hablado en su momento a su simpático e inteligente patrón? Una nueva clase de desasosiego imposible de acallar se añadió ese día a la confusa sensación de ansiedad que Anni padecía: en la calle no se veían sino caras de preocupación, miradas hoscas y tensas, coches cargados con maletas y bártulos hechos a prisa que pasaban a toda velocidad.

Los más listos abandonaban Berlín para huir hacia el oeste.

Si todas las notas, que eran muchas, acumuladas por el simpático Lacht a lo largo de los ocho años de su relación con Anni cayeran en manos de los que avanzaban desde el este, comprometerían seriamente a la jefa de camareras.

Con solo pensarlo, Anni sufrió un ataque de angustia, lo cual no le impidió, sin embargo, decir en voz alta, burlándose de sí misma

mientras imitaba con precisión matemática el gesto, la sonrisa y la entonación de su patrón: «Y bien, querida Anni: son unos sketch preciosos, merecen un premio. ¡Quédese con la vuelta!».

V

Estos últimos días, *Fritzi* estaba de morros con el viejo celador. No podía enfadarse en serio con Ramm, pues lo quería demasiado; lo que le pasaba es que estaba celoso. El viejo tenía un nuevo favorito, y no era la macaca *Lerchen*, enredada en preocupaciones sin importancia y que había sido madre en numerosas ocasiones; tampoco el mono capuchino, hipócrita y calculador, ni el joven chimpancé *Ulises*, de cara redonda y pelo ensortijado, alegre y sociable aunque pasota y egoísta. El nuevo favorito de Ramm era un humano.

Por su aspecto, se parecía a Ramm. Desde lejos se los podía confundir, aunque de cerca desaparecía toda semejanza. Se trataba de un hombre pobremente vestido, de cara pálida y consumida, mirada triste y suplicante, movimientos tímidos y delicados, que tartamudeaba levemente mientras hablaba con voz queda.

Una mañana ambos se presentaron en la zona de los primates y el hombre contempló cómo Ramm colocaba dentro de la jaula de *Fritzi* unas tazas de color azul y platos color de rosa mientras preparaba el desayuno para éste.

La atención con que Ramm trataba a *Fritzi* no había menguado. El café de bellotas con leche, la ensalada de col y nabo, la compota de manzanas secas con los corazones extraídos, traídas de Bulgaria, la habitual copa de vino agrio de Mosela como postre: todo fue servido por él en la mesa del gorila con el mismo esmero de siempre. Mientras *Fritzi* comía, Ramm permaneció a su lado tan atento como de costumbre; al limpiarse la boca con una servilleta de

papel y extender sus dedos marrones para coger el siguiente plato, el gorila miró de abajo arriba a Ramm, en un intento de averiguar si el viejo celador había sabido apreciar su buena educación: el simio renunciaba a comer el postre antes de acabar la ración de patatas hervidas aderezadas con mantequilla. Lo normal era que, en un momento como aquél, sus miradas se cruzaran y el buen humor le durara luego a *Fritzi* hasta la hora del almuerzo, al recordar la expresión tierna, llena de orgullo por su pupilo, de Ramm. Pero esa vez no sucedió así: el viejo se distrajo porque su acompañante, que permanecía al lado de la jaula, le llamó la atención.

Terminado el desayuno, *Fritzi* ayudó a Ramm a amontonar los platos sucios, los colocó él mismo sobre una bandeja y acompañó al celador hasta la puerta de la jaula. Allí, como ya era habitual, le besó en la mejilla y en el hombro. Viéndole besar a Ramm, el acompañante soltó una risa tierna y bonachona, lo cual incomodó al gorila.

Más tarde, *Fritzi* pasó a la parte descubierta de la jaula, donde daba el aire, destinada para los meses de verano.

Hacia el mediodía empezó a hacer un calor poco habitual para aquella época del año, primavera; tras la abundante lluvia que había caído la noche anterior, el bochorno se instaló en la atmósfera. Esa mañana, el zoológico estaba particularmente desierto. *Fritzi* lanzó al aire una bola de madera que le servía de juguete, la hizo rodar con mucho ruido hasta dejarla en un rincón y al final se acercó a la reja, la agarró con una mano y miró, distraído, a ambos lados.

Como siempre, el lobo de lomo flaco y encorvado corría sin parar angustiado y enloquecido dentro de su jaula, situada en una calle vecina. Tras recorrer la jaula de rincón a rincón, levantaba las patas delanteras, las movía en el aire, daba media vuelta y volvía a correr a lo largo de la reja, impelido por una sed insaciable de libertad. Al ver a *Fritzi*, el lobo sacudió la cabeza y continuó su carrera. No podía detenerse ni un momento. Y es que esa reja que acotaba el angosto espacio de su esclavitud, creía el animal, tenía que acabar

en algún momento y entonces ¡proseguiría su carrera en medio del bosque, por una tierra libre, feliz, tierna y fresca!

Como de costumbre, dos osos del Himalaya estaban ocupados en la destrucción de su jaula con la perseverancia de un fanático. Uno de ellos, con el pecho blanco apoyado contra la reja, sacudía con las garras los gruesos barrotes al tiempo que intentaba pasar entre ellos su largo morro negro. El otro lamía la reja con su lengua estrecha; quizá pensara que el hierro se ablandaría por el efecto de la saliva y acabaría por ceder, franqueando el paso hacia el fabuloso mundo de montañas boscosas y ríos impetuosos de agua cristalina que engullirían el espacio rectangular y miserable de la jaula.

El leopardo, recostado, intentaba abrir con su pata blanda un hueco entre el suelo chapado con zinc de la jaula y el canto inferior de la reja. Al contemplarlo realizar esa misma tarea, un viejo minero de la cuenca de Rur había comentado en una ocasión a su anciana esposa, que lo acompañaba en su visita al zoo:

–Recuerdo cómo una vez quedé atrapado por causa de un alud en la mina Kronprinz: estaba tirado en el suelo, lo mismo que ese pobre animal, enterrado bajo los escombros, arrancando con los dedos pedazos del mineral. Todos queremos respirar con libertad.

–Cállate ya –dijo la vieja.

Desde luego, *Fritzi* ignoraba lo que había dicho aquel minero y el comentario de su mujer.

La tigresa *Lizzi*, normalmente pendiente de las crías, esa mañana estaba melancólica. Con paso pesado, aunque suave y silencioso, iba y venía por la jaula, aburrida, bostezando y moviendo la cola. Bajo su piel rayada se veía un manojo de músculos que se hinchaban, duros como una piedra, y luego se reducían hasta desaparecer... Se enojaba con los cachorros que, con maullidos, le pedían que se recostara y les diera de mamar. Probablemente, en aquel momento esas crías le provocaran rechazo por haber nacido en cautividad.

La hiena *Bernard* yacía extenuada: la cola quieta y los ojos entornados y lacrimosos de color rojizo del animal manifestaban

apatía y agotamiento.

Los cóndores y las águilas semejaban desde lejos fríos bloques de granito, tan quietos estaban. Toda la fuerza de su espíritu, desarrollado en aquellas gélidas alturas donde el aire enrarecido compone el llamado «cielo», estaba concentrada en sus ojos claros. Su mirada inmóvil y penetrante poseía la dureza del diamante y parecía capaz de atravesar cualquier piedra o cortar el cristal... Cincuenta y dos años llevaba en la jaula el águila de hombros anchos y espalda curvada; hacía cincuenta y dos años que sus ojos quietos seguían, con la precisión de un telescopio, el movimiento de las nubes y, últimamente, las maniobras de los cazas que patrullaban el cielo sobre Berlín. La mirada de ese eterno convicto expresaba una pasión más intensa que la añoranza o el sufrimiento. La libertad es el tesoro de la vida y se diferencia de la miserable esclavitud en la misma medida en que el cielo se diferenciaba del cubo enrejado y chapado con zinc de la jaula.

El decrépito león permanecía tendido con la cabeza pesada y peluda apoyada en las patas fatigadas. Su nariz grande, semejante a un tacón gastado de gomaespuma, estaba seca y ya no captaba el olor odioso a gasolina, el tufo de los gases de escape, las miasmas que subían desde los almacenes subterráneos de las tiendas de comestibles y licorerías, la peste provocada por la mala combustión del gas en innumerables cocinas y cuartos de baño, el aliento cargante y sulfuroso de las chimeneas de las fábricas de Wedding, el tufo a aceite quemado que despedían los motores de las embarcaciones fluviales ni el olor a sudor diurno y nocturno, agrio a causa del alcohol consumido, que desprendían los que habitaban las gargantas de piedra de la ciudad.

Finalmente, el león se pasó la lengua por la nariz seca y la humedeció con la saliva, poniendo a punto ese complejo y delicadísimo aparato de recepción. Mientras el cuerpo del león continuaba inmóvil, semejante a un bloque de piedra arenisca de color amarillo, su nariz, ya húmeda, se puso en funcionamiento y

captó, filtró y clasificó la enorme cantidad de malos e inútiles olores que desprendía la capital del Tercer Reich.

Poco a poco y de modo apenas perceptible, el cuerpo de piedra del león fue cobrando vida; la punta de la cola empezó a moverse y un temblor de emoción recorrió la piel color de arena... De pronto, sus párpados se alzaron con un movimiento suave y dejaron al descubierto dos ojos enormes, claros y de expresión dura, que miraron fijamente la reja de barrotes rectos y gruesos, para descender luego como si de un mecanismo perfectamente engrasado se tratara y tapar los ojos de nuevo. El león volvió a quedarse quieto como una piedra; su nariz de gomaespuma estaba seca otra vez y había dejado de captar y filtrar los olores de la ciudad.

Esta escena, esos movimientos apenas perceptibles, se repetían muchas veces a lo largo del día. Eran manifestaciones de la pena y la esperanza que el león no dejaría de sentir mientras fuera capaz de ver y respirar: cada vez que agudizaba el olfato, el anciano animal distinguía entre los míseros olores del cautiverio el mismo aroma áspero que envuelve, como una tela de araña, la estepa, y que provenía del heno que descargaban en unas caballerizas cerca del zoológico: la frescura del agua del río y el bosque silvestre. ¡La libertad! ¡La vastedad de la estepa africana iluminada por la luna y el aire ardiente del desierto! El león abrió los ojos con gesto esperanzado: ¿y si la reja había desaparecido y la vida libre le miraba a los ojos?

La claridad de la bochornosa mañana había sido interrumpida bruscamente por un chaparrón. Unos nubarrones negros y amarillos se arremolinaban sobre Berlín. Un torbellino fue barriendo las calles; nubes de polvo blanco, rojo, de color crema y ladrillo se elevaron por encima de millares de edificios destruidos por los bombardeos; partículas de arena, papel amarillo arrugado, algodones sucios, colillas mordidas de habanos y de cigarrillos con restos de pintura de labios volaron sacudidos por el viento, mientras sobre la ciudad caían gruesas cortinas de agua caliente de color amarillo; todo se

confundió en una calígine acuosa; torrentes densos y planos recorrieron borbotando los lechos de asfalto.

Fritzi dormitaba sentado en su asiento. El ruido de la lluvia sobre el techo de zinc y las hojas de los árboles, el bochorno, la niebla, las nubes esponjosas de color amarillo formaron un amasijo en la conciencia adormecida del gorila, y le provocaron un ensueño más vívido que la realidad que le rodeaba...

Se encontraba en la selva tropical de África, donde incluso durante el día, bajo una masa compacta de troncos, hojas y lianas, reinaba la oscuridad y la atmósfera era tan sofocante y quieta que podía parecer que las moléculas de gas aletargadas que la componían no obedecieran las leyes de Avogadro y Gerard. En aquella jungla, durante casi todo el año las lluvias calientes azotaban el suelo negro y cenagoso, con una fuerza tremenda, capaz de provocar un diluvio universal. Allí los árboles, trastornados a causa de la humedad, el calor y el exceso de humus, perdían su individualidad y, con las ramas entrelazadas, apretaban sus troncos desbordantes de savia los unos contra los otros para formar, unidos por innumerables lianas, intestinos finos y gruesos, músculos y arterias, bajo el abrigo plúmbeo de hojas de piel gruesa, un bosque semejante a un solo cuerpo grandioso.

Aquella espesura viva, hecha de troncos y follaje que respiraban, era tan compacta, quieta y pesada como un estrato geológico. La jungla estaba muerta sólo en apariencia: una vida frenética bullía en su interior. A cada lluvia torrencial de aguas calientes la selva respondía con una explosión de vida: las células se reproducían con una energía y rapidez desmesuradas, provocando un crecimiento vertiginoso de la masa boscosa. La densidad del aire en el interior de la jungla, equiparable a la del agua caliente, lo hacía irrespirable para un humano y la mayoría de los animales: allí, al igual que un buzo bajo el agua, uno podía sobrevivir sólo dentro de una escafandra. Entre lluvia y lluvia, de debajo de las innumerables hojas, aparecían estirando sus patitas y aclarando sus trompas miles de insectos. Su zumbido era tan intenso que parecía que fuera

el mismo bosque el que hiciera sonar, con un runrún bajo y pesado, sus billones de troncos, lianas, ramas y hojas. Dentro de la oscuridad quieta de la jungla, los mosquitos formaban una masa aún más inerte y oscura; unos a otros se impedían el movimiento, y llenaban a rebosar el espacio del aire. En el improbable caso de que se los contara, el número resultante no sería inferior al que expresaría en gramos la masa de una galaxia.

Tras haber pasado allí un solo día, una persona joven podría envejecer hasta convertirse en un ser decrépito a causa de la angustia. Es en aquellos bosques donde habitan los gorilas. Y al soñar que se encontraba en la oscuridad calurosa de la jungla, acompañado de su madre y sus hermanos mayores, que se abanicaban con ramas para ahuyentar a los mosquitos, el gorila, que dormitaba en una de las jaulas del zoológico de Berlín, dejó caer lágrimas de felicidad por debajo de sus párpados marrones.

VI

Ramm y su acompañante, llamado Krause, se habían guarecido de la lluvia dentro del pabellón donde, durante los meses de verano, se instalaba un puesto de venta de helados. El pabellón aún no estaba abierto al público, aunque ya habían traído del almacén mesas y sillas trenzadas.

A la espera de que la lluvia cesara, el viejo guardián y su acompañante se quedaron sentados en el pabellón, fumando y conversando.

Krause era encuadernador de oficio; había perdido una mano y sufrido lesiones en el pecho a causa de un accidente de tranvía, por lo que se tuvo que jubilar prematuramente. La casualidad había propiciado que ambos hombres se conocieran unos días antes, mientras Ramm realizaba por la noche su ronda habitual de servicio. Aunque Ramm era sincero y tenía buen corazón, su pobre mente era incapaz de penetrar el sentido de la turbulenta época que le había tocado vivir. En consecuencia, el amor y la compasión que sentía por el género humano se habían ido convirtiendo en menosprecio a causa del odio que le inspiraban los terroríficos amos de Alemania, inventores de la raza de los señores.

Fue en ese momento, mientras caía la lluvia, cuando Ramm se armó de valor para anunciar su convicción más íntima, la que hasta entonces no había compartido con nadie:

–La raza de los señores actúa como si el mundo entero no valiera nada en comparación con ella. Los seres buenos, honrados, cariñosos y dóciles han sido privados de todo derecho, mientras los

señores se apoderaban de cuanto la vida tenía de valioso. Cuando ciertos animales les estorban o, al contrario, pueden proporcionarles algún provecho, no dudan en exterminar especies enteras. Los tratan como si fueran arena o ladrillos. Una vez deciden suprimir en provecho propio o por mera diversión alguna especie animal, los matan a todos: viejos, hembras embarazadas, crías recién nacidas. Con tal de conseguir su objetivo, no vacilarán en ahogarlos con humo dentro de sus madrigueras para hacerles salir o matarlos de hambre.

»Antes sobrevivían aquellos animales que tenían buenas pieles y una gruesa capa de grasa, animales bonitos, de colores vistosos y plumaje magnífico. Pero hoy en día rige una nueva ley de selección, la del exterminio total, más cruel que el frío, el hambre o la lucha por el amor. Ahora sólo logran sobrevivir los que son todo piel y huesos, los que carecen de pelo, seres descoloridos de carne maloliente... ¡Menuda selección! Conduce a la destrucción de todo lo vivo. Los hurones acabarán siendo canonizados.

»¿Por qué el asesinato de animales no se considera un crimen? ¿Por qué, por qué? Un ser superior debe tratar a otro inferior con amor y cuidado, lo mismo que un adulto a un niño. ¿Cuál es mi conclusión? –se preguntó pensativo, como si revisara sus ideas–. Quien pretende ostentar el título de rey del universo debe aprender primero a tener respeto incluso a esa lombriz.

Al decirlo señaló con el dedo una lombriz de color rosa pálido que se había asomado entre el fango. Krause, sin importarle que la lluvia pudiera estropear su americana ya de por sí vieja y gastada, salió del pabellón y llevó la lombriz a la parte alta de un parterre, al abrigo de las hojas anchas de una canna, donde los chorros de agua que seguían cayendo del cielo no podían alcanzarla.

De vuelta en el pabellón, mientras se secaba su cara pálida y consumida y golpeaba con fuerza los pies contra el suelo intentando limpiarse la tierra que se le había adherido a los zapatos, dijo:

–Tiene usted razón. Hay que aprender a tener respeto por la vida.

Antes de conocer a Krause, Ramm había creído que cualquiera que tuviera noticia de sus pensamientos más íntimos lo tildaría de loco y degenerado. ¡Pero no era así!

Krause encendió un cigarrillo y, tras señalar en dirección a las jaulas envueltas en la niebla, añadió:

–En ese sitio, sin embargo, no puede haber esperanza. Desde aquí sólo se va al vertedero.

–No es del todo cierto –repuso Ramm–. A los animales se los sacrifica en los mataderos desde hace siglos. Horroriza pensar en lo acostumbrados que estamos a esa fatalidad. De todos modos ¡ellos no pierden la esperanza hasta el último momento! Incluso los que se han pasado al bando de los carceleros.

Krause se inclinó de repente hacia el viejo y, sacudiendo la manga izquierda de la americana, la que estaba vacía, dijo:

–La guerra se acerca a Berlín. Hitler nos ha engañado. La gente quiere cambios. ¡Es evidente! Aunque hay que reconocer que muchos de entre nosotros se han comportado los últimos años peor que las bestias.

Calló y soltó un suspiro: lo que acababa de decir era suficiente para ser decapitado en la prisión de Moabit.[1] A partir de ese momento, su vida estaba en manos de aquel viejo celador del área de primates, estrafalario y mal afeitado.

Ramm sacudió la cabeza.

–¡Aun las lombrices necesitan ser libres! –exclamó, excitado–.Todas las noches me quedo en mi casa, escuchando lo que pasa allí afuera. Luego salgo y voy de jaula en jaula en la oscuridad y les digo: «Paciencia... paciencia...». Son los únicos con los que puedo hablar. –Miró los arroyos que se habían formado entre las jaulas y añadió–: Un verdadero diluvio, pero tal vez los justos serán salvados. La gente es muy infeliz aquí, y cuando veo cómo la mandan al matadero, quiero creer con todo mi corazón que es digna de mejor suerte.

Por la noche, Krause se cambió de chaqueta y fue a la cervecería. La camarera tardó en servirle su cerveza, por lo que,

mientras soplaba la espuma antes de tomarla, él le reprochó:

–Hoy he tenido que esperar mucho, y eso que todavía me queda un asunto que tratar contigo, por muy extraño que suene. Quiero hablarte de un hombre santo.

La camarera le miró con unos ojos llorosos a la vez que burlones, se inclinó hacia él y le dijo al oído:

–A nadie le importa ya tu hombre santo: el patrón se ha pegado un tiro. Su causa ha perdido.

---

1. Aquí se hace referencia a la prisión berlinesa de Moabit, aunque también es el nombre del barrio donde está situada. Se trata del centro de detención y penitenciario principal de la ciudad.

VII

Una noche templada y oscura de primavera, comenzó la batalla en el centro de Berlín.

Huestes poderosas, provenientes del este, pusieron cerco al malvado corazón de la capital hitleriana.

Unidades móviles, tanques y artillería motorizada penetraron en el barrio de Tiergarten.

La oscuridad de la noche se iluminaba con fogonazos de disparos y estelas de balas trazadoras. El aire apestaba a óxido de nitrógeno, madera quemada y humo: olores de la batalla reconocibles para el olfato humano con los que se mezclaban otros, apenas perceptibles, que únicamente los animales eran capaces de distinguir. Y esos olores espantaban en medio de la noche a los animales del zoológico, más aún que el estampido de las detonaciones o las llamas de los incendios.

La brisa húmeda del océano, el ardor de los desiertos de arena, la frescura fragante de los pastos en las estribaciones del Himalaya, la atmósfera sofocante de la jungla, los aromas de la primavera habían formado una especie de bola que fue rodando de jaula en jaula.

Los osos, incorporados sobre sus patas traseras, zarandeaban los barrotes de hierro con la mirada clavada en las tinieblas de color rojo oscuro.

El lobo apretaba su barriga contra el suelo chapado de zinc de la jaula, o bien se ponía de un salto de pie sobre las cuatro patas. Poco faltaba, creía el animal, para que las ramas tiernas y flexibles

de un avellano descendieran sobre su lomo flaco, sus garras se hundieran en el musgo blando y suave, y el frescor del bosque aliviara sus ojos fatigados. El lobo tenía un costado pelado a fuerza de frotarlo contra el metal áspero de la reja mientras corría, año tras año, de un lado a otro de la jaula. El hierro frío de los barrotes que tocaba su piel en la oscuridad representaba el cautiverio; al abandonar la cautela que llevaba en la sangre, temeroso de que la libertad pasara de largo, el lobo alzaba la cabeza y aullaba, llamándola.

El resplandor del incendio de Berlín se reflejó en el suelo metálico de la jaula, pulido por las garras del león *Fénix*... La luna velada de humo que ascendía sobre la ciudad parecía hacerlo por encima de las rocas oscuras de un vasto desierto que aún respirara el aire ardiente del mediodía...

Al anochecer, *Fritzi* se había recogido en el interior del área de primates, como de costumbre, por lo que dejó de contemplar los fuegos de la batalla. Esa noche, se vio completamente solo en medio de la oscuridad, aislado del mundo por gruesos muros.

A mitad de la noche, las tropas alemanas y los destacamentos de las SS fueron expulsados del barrio donde estaba situado el zoológico. El fragor de la batalla cesó por un tiempo.

Blindados soviéticos y unidades de infantería se fueron concentrando cerca de los muros del zoo para lanzar un nuevo y tal vez decisivo ataque. Mientras tanto, los alemanes se apresuraron a desplegar su artillería a fin de impedir aquella concentración.

Desvelado por el estrépito, *Fritzi* se encontraba de pie, agarrando con las manos los barrotes de la reja. Sus enormes brazos, abiertos de par en par, semejaban unas gigantescas alas negras de tres metros de envergadura. Parpadeaba sin parar mientras farfullaba algo ininteligible, escuchaba los sonidos de la batalla, que iban cesando, y aspiraba el aire por la nariz con inhalaciones breves y ruidosas.

La oscuridad que reinaba entre los muros de cemento del zoológico parecía haberse expandido y haberse transformado en la

penumbra suave y apacible de un bosque.

Por la tarde, cuando *Fritzi* hubo pasado de la parte exterior de la jaula al dormitorio, Ramm le envolvió los hombros con una manta y se quedó a su lado, sentado en un banquito. Para conciliar el sueño, *Fritzi* necesitaba compañía. Como de costumbre, Ramm fue acariciándole la cabeza hasta que el gorila se quedó dormido. Aquella noche, en contra de lo habitual, la mirada de Ramm no destilaba la tristeza de siempre. Aunque *Fritzi* no comprendía la lengua de los humanos, le emocionó el sonido de las palabras que Ramm pronunció de prisa y en voz baja mientras acostaba al gorila.

Fritzi tenía plena confianza en el viejo celador, y ahora, desvelado en medio de la oscuridad, se inquietó al no ver a su fiel compañero a su lado.

De pronto se oyeron unos golpes pesados que hicieron temblar el suelo y vibrar el aire. Era la artillería alemana, que descargaba un fuego huracanado contra los tanques soviéticos concentrados en el barrio de Tiergarten.

La puerta de la jaula voló, arrancada de cuajo por el impacto de un proyectil, y una luz punzante cegó a *Fritzi*.

El gorila creyó que, al volver a abrir los ojos al cabo de un instante, habrían desaparecido los aburridos muros de cemento del zoológico, la reja, sus juguetes favoritos, la cama con el colchón de rayas, la manta, la tacita con leche que Ramm había dejado para él sobre la mesita de noche antes de que el gorila se acostara para dormir. Creyó llegado el momento de regresar a sus bosques nativos a orillas del lago Kivu.

A la mañana siguiente, un oficial de intendencia representante de las fuerzas de ocupación, con gafas y cargado de espaldas, con una expresión de preocupación y fatiga en el rostro, recorrió el zoológico.

Pegados a las jaulas en que, aturdidos por la batalla de la noche anterior, se acurrucaban los animales, unos soldados del Ejército Rojo les llamaban la atención y les ofrecían, a través de los barrotes, pan, azúcar, galletas y embutido.

Cuando entró en el área de primates, el representante de las fuerzas de ocupación vio al viejo celador, con su gorra de uniforme, sentado junto al cadáver de un enorme simio de pelambre negra cuyo pecho estaba destrozado por un fragmento de proyectil.

En un alemán chapurreado, el representante hizo saber al viejo que, como era el único que había permanecido en su puesto, se le nombraba provisionalmente director del zoo, e indicó que debía alimentarse a los animales carnívoros con carne de caballo hasta que volvieran a funcionar los mataderos municipales, dado que había gran cantidad de equinos muertos en la batalla.

El viejo asintió, dio las gracias al representante y de pronto rompió a llorar mientras señalaba el cadáver del simio.

El representante esbozó un gesto de lástima, dio al viejo unas palmadas en el hombro y, tras salir del área de primates, se alejó por un camino lateral.

En un banco, a la sombra de un tilo que había empezado a verdecer, estaban sentados dos alemanes: un herido en bata de hospital con solapas de color naranja y una chica que lucía una cruz roja sobre su toca blanca. Sobre la Tierra y en lo alto del cielo reinaba la paz. Un vendaje sucio envolvía la cabeza del herido, y tenía el brazo enyesado en cabestrillo. El herido y la chica se miraban mutuamente como hechizados, sin decir palabra, y al contemplar sus rostros, el representante de las fuerzas de ocupación guiñó el ojo a los soldados de la patrulla que lo acompañaban.

1953-1955

Document Outline